



**Roberto Juarroz:
el acontecer de la palabra**

Roberto Juarroz: Happening of Word

*Migdalia Arcila Valenzuela**

* Estudiante del segundo semestre de la Licenciatura en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Trabajo presentado en el XII Foro de Estudiantes de Filosofía y Letras “Cultura, Pensamiento y Lenguaje”. In memoriam Víctor Peñuela, realizado los días 27, 28 y 29 de septiembre de 2011, en la Universidad Pontificia Bolivariana. Participó en el semillero de investigación Filosófico-Pedagógico HERMES.
Correo electrónico: migdalia_arcila@hotmail.com

Artículo recibido el 14 de septiembre de 2012 y aprobado para su publicación el 2 de noviembre 2012.

Resumen:

Roberto Juarroz se inscribe dentro de las letras latinoamericanas como uno de los más importantes exponentes de la reflexión poética. Su obra *Poesía Vertical* es una apuesta por encontrar una renovadora mirada de las cosas, capaz de fracturar lo convencional y con ello permitir una reflexión y una experiencia del mundo cada vez más profunda. De esta manera, la poesía abre espacio a lo múltiple, brindando la oportunidad de hallar, mediante el lenguaje, un sinnúmero de vertientes posibles a eso que llamamos realidad.

Palabras clave:

Roberto Juarroz, Poesía, Verticalidad, Instante, Realidad.

Abstract

Roberto Juarroz is considered to be one of the most important exponents of poetical reflection in Latin America. His work *Vertical Poetry* is an attempt to find a refreshing look of things, which might be able to break what is considered as conventional and, therefore, allowing a reflection and an experience of the world that goes deeper. Thus, poetry provides space for multiplicity, offering the opportunity to find through language endless aspects of what we call reality.

Key words

Roberto Juarroz, Poetry, Verticality, Instant, Reality.



Sólo cuando el poema muestra algo que no sabemos, pero que habita en nosotros, podemos creer en la poesía.

Juarroz

Introducción

En 1986, Roberto Juarroz comenta en una carta, dirigida a W. S. Merwin (traductor de su obra al inglés), su poca preocupación por relatar la vida y en especial la suya: “La vida me importa enormemente para vivirla, pero no

tanto para recordarla y menos todavía para describirla” (*Poesía verical* 537). Por tanto, a manera de biografía, tan sólo diremos que nace en el año 1925 en un pueblo argentino llamado Coronel Dorrego; el oficio que desde los primeros años de juventud ocupa su vida es el de bibliotecario; se dedica especialmente a la reflexión poética y, finalmente, muere en Temperley (provincia de la capital argentina) en el año 1995, dejando tras de sí una extensa obra poética que, recogida bajo el título de *Poesía Vertical*, fue elogiada por personajes como Alejandra Pizarnik, Octavio Paz, Julio Cortázar y Antonio Porchia.

La concepción que ofrece Juarroz de una poesía vertical se encuentra atravesada por la pretensión de abrir las posibilidades de lectura y escritura de la poesía misma; apertura que conlleva diversos interrogantes entorno al problema del tiempo, la realidad, el lenguaje, la creación y el enfrentamiento al vacío. Por ello, para hacer un acercamiento a la propuesta de Roberto Juarroz será preciso abordar en un primer momento el tema del tiempo desde lo planteado por Gaston Bachelard en el texto *La intuición del instante*, pues es justamente en el instante, así concebido, como el tiempo se hace poético dentro de la noción de “verticalidad”.

Posteriormente, nos valdremos de la conferencia pronunciada por Roberto Juarroz, titulada *Poesía y Realidad*, en la cual podremos apreciar el sentido que tiene la verticalidad en la construcción de ese aparato que los hombres llamamos realidad. En este punto, a partir del texto *Hölderlin y la esencia de la poesía* de Martin Heidegger, ahondaremos un poco en la relación que existe entre la poesía y la realidad, relación fundamental que confluye en el ser del hombre por medio de su singular capacidad de lenguaje.

De esta manera, veremos cómo en la poesía de Juarroz el lenguaje tiene la misión de abrir la escala de lo real, de crear dobleces y claroscuros, de posibilitar la mención de aquello que siempre ha callado por ser excluido de las estructuras habituales de comprensión de la realidad y del hombre mismo. La palabra poética no se limita entonces a embellecer etiquetas, por el contrario, se convierte en presencia viva de las cosas, adentrándose en el espacio de lo indecible, de lo inconcebible, de lo misterioso.

Por entre las tinieblas de esta búsqueda, nos acompañará Juarroz en algunos de sus poemas extraídos de *Poesía Vertical*, esperando que ellos puedan introducir, como un relámpago, una luz instantánea, así esta solamente sirva para acentuar la penumbra.

1. Simultaneidad: anulación del tiempo

Para captar verdaderamente una cosa, habría que desembocar en ella simultáneamente desde todas partes.

Juarroz

Si nos preguntáramos qué es el tiempo seguramente no tendríamos una respuesta con la cual pudiéramos sentirnos cómodos. Sin embargo, lo que sin duda podríamos hacer es enunciar cómo nos damos cuenta de ese tiempo que no sabemos definir. Nos damos cuenta del tiempo en los sucesos que tienen lugar dentro de él, es decir, que nos percatamos de los minutos, las horas y sus demás unidades de medida, según lo que haya acontecido, o por el contrario, podemos dar cuenta del tiempo si revisamos nuestros proyectos y esperanzas futuras y si en esa revisión nos percatamos de cuán lejos o cerca estamos de eso que soñamos; es así, tanto la memoria como el anhelo, prueba del tiempo.

Podemos ver entonces cómo la visión de nuestro universo circundante se nos da por los acontecimientos sucesivos en los cuales creemos estar inmersos.

No somos más que un segmento de esa larguísima línea que extiende el tiempo. Así pareciera ser según la concepción habitual que tenemos del transcurrir de los hechos. Sin embargo, en el fragmento con el cual hemos iniciado esta primera reflexión, Juarroz llama la atención acerca de algo que nos lleva a preguntarnos: ¿cómo captar las cosas?

El mundo de pronto se nos esfuma cuando queremos apresarlos, pues las sustancias divididas entre su recuerdo y su proyección terminan por desdibujarse ante nuestros ojos, y es allí donde somos conscientes de que la línea del tiempo puede deshacerse en busca de dimensiones más abarcales.

Es en este punto donde irrumpe la poesía para sostener la puerta abierta a tales posibilidades:

La poesía es una metafísica instantánea. En un breve poema, debe dar una visión del universo y el secreto de un alma, un ser y unos objetos todo al mismo tiempo. Si sigue simplemente el tiempo de la vida, es menos que vida; sólo puede ser más que la vida inmovilizando la vida, viviendo en lugar de los

hechos la dialéctica de las dichas y de las penas. Y entonces es un principio de simultaneidad esencial en que el ser más disperso, en que el ser más desunido conquista su unidad (Bachelard 89).

Vemos entonces cómo la poesía, cuna del acontecer desnudo, parece llevar una contradicción en sí misma, pues encarna las cosas que se suceden, no desde su pasado o su futuro, sino en un presente absoluto en donde puede confluir, tanto lo dado como lo esperable. Sin embargo, la contradicción cede paso a la multiplicidad.

Esta multiplicidad detona el orden causal de las cosas, suscitando la pretensión de una realidad tan infinita como simultánea, que no espera la luz verde de una causa para producir el efecto subsiguiente, la realidad del “mientras que” en la que todo es causa y todo es consecuencia, pues todo es evidencia del infinito acontecer del presente. El poema entonces es trazo del infinito del suceder simultáneo del mundo, es calco que se tuerce en toda arista divisoria.

2. El instante

Décima Poesía Vertical

11

¿Qué le quita el árbol a la mirada?
 ¿Qué le quita la mirada al árbol?
 ¿Qué le queda de uno en otro?

Ni siquiera somos capaces
 de recoger un grano de polvo
 de aquello que pasa a nuestro lado.
 Pero, por otra parte,
 ¿hay alguien que recoja un grano de polvo
 de quienes pasamos al lado de todo?

Nos miramos,
 nosotros y las cosas,
 y hasta quizá nos reconocemos
 como estatuas de sal.
 Ancestrales automatismos
 nos ubican a unos junto a otros.
 Todos pasamos.

Pero nadie es capaz de detener un color o un perfume,
de recoger el movimiento de una hoja o un párpado,
de observar nada más que hasta mañana
el brote de una pequeña armonía.

Nadie detiene nada,
ni aun adentro de sí mismo.
Y el viejo sueño es ése: detenernos.
Que alguien o algo nos detenga.
Porque ni aun la muerte nos detiene:
tan sólo nos destruye. (*Poesía vertical* 16-17)

El movimiento incuestionable de las cosas se convierte para el hombre en una certeza opresora, en una impotencia ante el devenir de su realidad siempre cambiante¹. Aquí es donde la poesía, intrusa en todo devenir lineal y en todo esquema de racionalidades estáticas, inaugura una posibilidad del tiempo donde se está más cerca de la plenitud del acontecer, posibilidad dada en “el instante poético”.

La poesía no se crea en el instante, no es un simple fognazo de un espíritu turbado y oscuro, ella crea el instante mismo, es progenitora de un tiempo en donde puede derramarse lo simultáneo, en donde pueden confluír las contradicciones que han sido exiliadas de los cánones de comprensión en que el hombre acomoda su vida².

3. La verticalidad

Décima Poesía Vertical

47

Los cipreses son índices erguidos,
pero no apuntan hacia arriba:
sólo levantan cierta materia extrema
para someterla a lo abierto.

- 1 El problema no está en lo incesante del cambio, sino en la representación lineal del mismo, en la concatenación de los hechos en la lógica de acción-reacción.
- 2 El instante encierra una paradoja, pues aunque inevitablemente el lenguaje se desarrolla (tanto en el habla como en la escritura) de manera sucesiva y lineal, la poesía (valiéndose del lenguaje mismo) logra introducir la experiencia de lo simultáneo.

Los cipreses no señalan nada.
 O tal vez sólo a sí mismos
 como lugares o estaciones predilectas
 para detenerse los pájaros
 o a veces una palabra abandonada,
 que no es más que otro pájaro.
 Pero los cipreses no son únicamente índices erguidos
 que no señalan nada,
 sino también ofertorios como lanzas,
 misas que tampoco celebran ni propician a nadie,
 salvo tal vez su propio gesto,
 que ni los hombres ni los dioses comprenden.

Índices liberados
 del abusivo sometimiento
 de señalar nada más que una cosa,
 lo mismo que el poema,
 los mismo que tus ojos,
 como debieran ser todos los índices,
 las señales, los signos:
 celebraciones extendidas,
 prolongaciones del ser
 que señalan a la vez todas las cosas. (*Poesía vertical* 43-44)

Ese tiempo engendrado por la poesía al que hemos denominado instante, no corre con la horizontalidad de un río, no se articula en una sucesión de acontecimientos, sino que irrumpe en el centro mismo de dicha sucesión, generando una fisura por donde se filtrarán, a un mismo tiempo, las aguas de todos los hechos. Por tanto, el instante es un tiempo “vertical”, ya que es un momento sin antecedentes o causas y sin más proyección que sí mismo.

Vertical es el instante porque en él hay detenimiento, pero no uno derivado de la inacción, sino de la confluencia de contrarios; es decir, no es un movimiento de atrás hacia adelante, es uno de arriba hacia abajo.

En la verticalidad del instante no hay un desplazamiento de sustancias, hay una perturbación del centro del ser, de la esencia que se moviliza en lo que ella misma es: apertura. El ser de las cosas asciende y sale de sí mismo para sentirse armónico en la danza universal con todas las cosas y desciende a sus profundos infiernos en donde lo espera la confrontación con sus múltiples modos, con ese sinnúmero de posibilidades que lo habitan.

La verticalidad es ese epíteto indispensable del instante poético, aquel que resalta la complejidad original que este significa. “El instante poético es entonces necesariamente complejo: conmueve, prueba -invita, consuela-, es sorprendente y familiar” (Bachelard 90).

El poema es fuente emanadora, allí “[...] el tiempo no corre, brota” (Bachelard 92). Es así como en el instante se inicia el rompimiento de algo, de nosotros, del lenguaje, de la realidad. En clave *morse* se va escribiendo el poema, a ritmo de golpes que fracturan y desgarran el rostro prolijo de los esquemas; lo que nunca sabremos es qué se esconde tras la herida que abre la verticalidad.

4. Necesidad del instante: testimonio y creación

Décima Poesía Vertical

53

Vagamos en la inconsistencia,
pero hay ciertos abandonos en lo consistente,
ciertos repliegues de lo neutro a lo que no lo es,
ciertas caídas a la densidad
que dormita en las cosas,
en que nos arrebata el vértigo de no ser nada.

Es entonces cuando nace
la más perentoria sensación
que puede experimentar un hombre:
existe un hueco que hay que llenar.

Así suele cambiar a veces una vida
y convertirse en su propio revés.
Hasta que surge en el hombre
una sensación todavía más irreversible:
existe un hueco que hay que vaciar. (*Poesía vertical* 48-49)

¿Cuál es la necesidad de esa búsqueda imperiosa de dimensiones abarcantes, de nuevas representaciones? Esta necesidad, más allá de un impulso personal, dormita en el cálido centro de la realidad misma. “La realidad produjo al hombre porque algo en ella, en su fondo, misteriosamente pide historias” (*Poesía y realidad* 11).

El fondo del hombre se parece entonces al fondo de la realidad, donde algo falta, donde siempre persiste la necesidad de la palabra. El fondo del hombre y la realidad son, como en el poema que acabamos de citar, “un hueco que hay que llenar”. Pero este vacío se llena ante todo en la acción de ser vaciado.

En esta contradicción retratada en el poema de Juarroz es donde palpita la necesaria presencia de la poesía que va hilando las palabras como una paciente tejedora, hilando con cuidado cada puntada que, de igual modo, habrá de deshacer cuando pase de vuelta.

Décima Poesía Vertical

9

Todo poema es una vacilación de la historia.
Cubrir la historia con poemas
equivale a que sus capas se desplacen
más allá de las acciones de los hombres.

El poema también es una acción,
un movimiento del terreno que pisamos,
pero en sentido inverso,
hacia donde casi todo se abstiene.

Allí donde al final va casi todo,
pero en triste y obligado cortejo,
invocando los huecos de la historia,
sus cuaresmales zonas superpuestas.

El poema salta fuera de la historia
como animal de caza
que trastornando el orden de esas capas
pone otra encima: lo infinito.

Y entonces el animal de caza
descarta la presa siempre fósil de la historia
y repliega también su propia garra,
para correr por fin al aire libre. (*Poesía vertical* 15)

Libre corre la palabra del poeta deshaciendo los muros de contención de la historia. La palabra junto a la poesía se unen en un solo ser indivisible cuyo peso contundente cae sobre la loza frágil de los convencionalismos y

fractura los pisos de la casa del hombre, es decir, del lenguaje como aparato de comprensión fosilizado en donde se refugia el ser humano. Enloquecida la palabra poética y embriagada de sentido, rompe los muros y ventanas de esa casa; nada que hacer, es preciso una remodelación:

Décima Poesía Vertical

17

Hay que remodelar la casa del hombre,
podarla como se poda un árbol
e introducir en su material más sensible
el delicado injerto de la vida,
para que la casa crezca con el hombre
y también se empequeñezca con él.

Hay que humanizar la casa del hombre
y retrasar además su destino de ruinas
o de ser asolada por los bárbaros
que siempre la circundan,
enseñándole para eso a respirar con el hombre
y hasta a vivir y morir con él.

O prepararla por lo menos
para que cuando el hombre caiga
o escape o se evapore,
la casa del hombre conserve por un tiempo
algo así como el duplicado de su imagen,
una transubstanciación o reminiscencia
de su corta memoria,
hasta entregarla, mejor que otros hombres,
a la publicidad subliminal
de los vientos anónimos del mundo. (*Poesía vertical* 21-22)

La poesía nos deja parados en medio de los escombros del lenguaje. La poesía, lejos de ser un suave bálsamo o un viento casi imperceptible que acaricia el rostro del hombre, es una fuerte dislocación de lo real, es un detonante que explota en el centro de nuestras más profundas seguridades, y derrumba en onda expansiva esos andamios sobre los cuales sosteníamos la fragilidad de nuestro ser.

De esta manera, el poeta –si es que sobrevive al cataclismo inicial– ha de estar marcado por la incertidumbre, pues ahora sabe que su casa está llena

de grietas y en cualquier momento puede derrumbarse sepultándolo a él. “El poeta es un cultivador de grietas. Fracturar la realidad aparente o esperar que se agriete, para captar lo que está más allá del simulacro” (*Poesía y realidad* 24).

Y, ¿qué está más allá del simulacro?, ¿qué se filtra a través de la grieta? El simulacro, la máscara y la representación teatral que hacemos los hombres en la ejecución de cada una de nuestras vidas, es una parsimonia que oculta el vacío, es una versión extendida de una obra que debemos interpretar aun cuando el público se haya retirado, una parodia que nos debemos a nosotros mismos para no encontrarnos frente a frente con el palpitante vacío que se vislumbra en las grietas, con la inescrutable oscuridad del abismo al que hemos sido arrojados. Juarroz, preocupado también por la espesa gotera de soledad que se filtra en las paredes de su casa, cita en su conferencia *Poesía y Realidad* el texto del catalán Rabbi Joseph Ben Shalom: “El abismo deviene visible en cada brecha. En cada transformación o cada vez que el estado de algo se altera, el abismo de la nada es atravesado y se hace visible mediante un instante místico pasajero” (25).

Al borde del abismo se encuentra el hombre, y ante él se extiende, como una cuerda floja, una gran pregunta: ¿Qué hacer allí? En su texto *Hölderlin y la esencia de la poesía*, el filósofo alemán Martin Heidegger hace una detenida reflexión en torno a cinco fragmentos de la poesía de Hölderlin en los cuales él pretende desentrañar la esencia misma de la poesía: “-En chozas mora el hombre-... Pues, ¿quién es el hombre?” (22). De esta manera reflexiona Heidegger respecto a un fragmento del poeta ya mencionado, y a tal pregunta se dice que el hombre es aquel ser que está llamado a dar testimonio de su existencia.

El hombre, en Heidegger, podemos entenderlo como consciencia de la existencia que se expresa mediante el acto del testimonio. Es precisamente ese hombre el artífice de la apertura, de la dislocación, el actor fundamental de una realidad que puede torcerse por un simple gesto, como la imagen de un espejo.

El testimoniar al que hace referencia Heidegger no es sólo señalamiento, es apropiación de la intimidad contradictoria de las cosas; una apropiación que necesariamente deriva en creación. El testimonio que da el hombre de las cosas y de sí mismo ha de ser uno que proyecte su ser en el mundo, es decir, que lo asiente como parte de la realidad, y “[...] pienso que la única forma de reconocer la realidad y recibirla, de ser realidad, es crearla, creándose

y recreándose con ella” (*Poesía y realidad* 15). Es por tanto un testimoniar poético a lo que estamos llamados los hombres, un hablar desde la palabra que se despoja de los atuendos rígidos que le impone la cotidianidad y logra asentarse como creación.

Sexta Poesía Vertical

31

El material con que se construyen las palabras
y la argamasa que lo une
me han ido enseñando poco a poco
un ritmo secreto y solitario.

He aprendido así que toda construcción es una música
y que toda música está hecha de miradas.
La mirada de una palabra es su sentido,
entre los párpados temblorosos de una pérdida.

Porque no somos nosotros los que miramos las palabras:
son ellas las que nos miran a nosotros
y quizá también más allá de nosotros,
parpadeando con un ritmo secreto y solitario.

Tal vez mañana encuentre una palabra
que ya no mire hacia ninguna parte
y que tampoco parpadee.
Una palabra que se deje mirar. (*Poesía vertical* 272)

5. Presencia: eco en el vacío

El testimonio del hombre que se hace mediante la creación y recreación del mundo, se evidencia más que en ningún otro lugar, en el poema. El poema es pues una presencia viva en el escenario de significación que le sirve de hábitat al ser del hombre, y su presencia es dada en el instante mismo de la creación, esa que nace del relámpago impetuoso de la verticalidad como una afirmación de la infinitud de posibilidades que se abre en el tiempo de lo instantáneo; es decir, de lo simultáneo.

“Vivir el mundo como un infinito real y expresarlo con un infinito verbal” (*Poesía vertical* 429).

La palabra no se ubica ya en el plano de la mera causalidad sino en el de lo infinito; ella se abre paso sobre el abismo que constituye nuestra existencia y allí se erige como una presencia imposible, pues aun habitándonos resuena el vacío. Por ende, como un eco que lleva por los aires el ritmo último de cada palabra, así la poesía en el instante de su gestación, se bifurca por los rincones más profundos de nuestro ser haciendo retumbar en las paredes de nuestra existencia la certeza vertiginosa del abismo.

Décima Poesía Vertical

25

El eco disponible que es la vida.
Necesita localizar su fuente,
encontrar la vibración original,
el espacio sonoro
anterior al primer movimiento
y la sombra sonora
que proyectó la primera palabra.

A menos que la fuente del sonido
no esté al comienzo del tiempo,
sino al final, al cierre
de esta cruel transparencia

La vida no sería entonces otra cosa
que una corriente al revés,
un eco ambulatorio
separado o quizás expulsado
hacia atrás de su fuente,
un eco que siempre retrocede.

O más todavía:
un eco sin un sonido como origen,
un eco siempre disponible,
la fatal repetición de un sonido inexistente. (*Poesía vertical* 28)

La mención del ser del hombre en este eco se amplifica, se disuelve, se dispersa, se olvida. La palabra es arrojada al abismo como una moneda que decidirá el destino; ella, en el instante que ha creado y en el instante que ha de crear, baraja las cartas que deciden la acción del hombre, ésa que lo definirá en su esencial “ser en el mundo”, ser siendo en la infinitud de posibilidades que se abren cuando la moneda, allá en el fondo del abismo, al fin cae, cuan-

do el eco disperso de la palabra se ha adentrado en el silencio más puro, ése que está colmado de la presencia creadora del lenguaje. En este sentido, la palabra, como el eco, solo puede escucharse cuando ha dejado de ser objeto del hablante y se pierde en la inmensidad de su resonancia.

Sexta Poesía Vertical

40

Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia.

El mundo es un llamado desnudo,
una voz y no un nombre,
una voz con su propio eco a cuestas.

Y la palabra del hombre es una parte de esa voz,
no una señal con el dedo,
ni un rótulo de archivo,
ni un perfil de diccionario,
ni una cédula de identidad sonora,
ni un banderín indicativo
de la topografía del abismo.
El oficio de la palabra
más allá de la pequeña miseria
y la pequeña ternura de designar esto o aquello,
es un acto de amor: crear presencia.

El oficio de la palabra
es la posibilidad de que el mundo diga al mundo,
la posibilidad de que el mundo diga al hombre.

La palabra: ese cuerpo hacia todo.

La palabra: esos ojos abiertos. (*Poesía vertical 276-277*)

Comentario final

El poema se crea como presencia en el instante que se hace posible gracias a la irrupción de un tiempo vertical y éste, a su vez, denota la infinitud de posibilidades representadas en el abismo y en la vertiginosa sensación de mo-

vernos en él como funambulistas sobre los hilos del lenguaje. Es así como esta articulación de ensoñaciones se da mediante el grácil misterio de la poesía, ése que sabemos dentro de nosotros, pero nos es imposible sujetar, pues éste, como un niño travieso, se niega a dejarse vestir con la ropita que tejen las palabras del pensador y corre desnudo por los pasillos del alma prendiendo y apagando luces a su antojo.

Este travieso infante desnudo que corre en nosotros salta al abismo en forma de eco y cae como una moneda que decide frente al azar. Pero, ¿qué posibilidad nos abre el salto al misterio?

26 Poemas Inéditos

18

He querido vivir todos mis días,
pero algunos me han pasado por alto,
otros, por distracción los he saltado
y otros me los robó la propia vida.
O tal vez haya una sola causa:
la realidad es siempre un robo organizado
y nada escapa al hurto permanente,
ni siquiera estas palabras o el silencio.

También querer vivir todos los días
es parte de ese robo de múltiples sentidos,
como amar o morir,
o mirar o simplemente estar o dar alguna cosa.

Y es en vano buscar al ladrón o los ladrones
o designarlo dios, que es otro robo.
Lo triste es que detrás del gran despojo
no haya nadie.
Nadie nos quita todo.
Porque si hubiera alguien
tendría que cumplir con la más antigua ley:
todo ladrón devuelve lo robado.

Pero de nadie sólo vuelve la nada. (*Poesía vertical* 529-529)



Referencias

Bachelard, Gaston. *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Heidegger, Martin. *Hölderlin y la Esencia de la Poesía*. Bogotá: Anthropos, 1989.

Juarroz, R. *Poesía y Realidad*. Valencia: Pre-textos/poéticas, 1992.

Juarroz, R. *Poesía Vertical*. Buenos Aires: Emecé, 2005.

